

nidad ame, con intensa plenitud de amor, a sus semejantes, a la Naturaleza entera, y con ella a los animales todos, a las flores humildes, y en suma, a cuanto le rodea, el hombre habrá pronunciado su última palabra. Dios detendrá el Tiempo para que en un instante dado, quede allí inmóvil e inmutable, puesto que su misión habrá quedado cumplida. Todo lo que corre y avanza, y nace y muere, marcha en pos de ese sentimiento único: Amor. Cada hombre será una especie de Dios, puesto que Dios, que es la esencia del Amor, estará en ellos mismos.

—¡Feliz edad!—replicó entonces Tolstoy—Yo la he presentado en un sueño amable y sorprendente. He contemplado a la humanidad futura en ese momento preclaro en que el Amor se había posesionado de las almas, inflamando los corazones. Fué un día a la caída de la tarde; después de arar me senté, abrumado por el placer del trabajo, y quedé dormido bajo la sombra acariciadora de un árbol.

El Universo entero se presentó, entonces, ante mí con un aspecto nuevo de maravilla. Ni fronteras, ni estados, ni razas. Todos los hombres se confundían como una sola familia inmensa. Las palabras de Jesús: «Ama a tu prójimo como a tí mismo» tenían un sentido de exigüidad deleznable, casi constituían una ofensa para aquella generación divina, porque su afecto, su ternura, sobrepujaban a todo límite, y perdían su vida en provecho del hermano, del amigo, o del simple caminante que se parase ante la puerta.

Las bestias del Señor se mezclaban confiadas entre los humanos que las acogían con cariño como seres más dignos de compasión y de una existencia dilatada y tranquila.

Todas las cosas habían adquirido un gesto de benevolencia de sencillez y de belleza armoniosa.

Había desaparecido cuanto significara supremacía o poder, pues juntamente con el amor, el imperio de la humildad predominaba en la Tierra.

Y lo más extraño, lo que a mi juicio tenía en mi sueño un carácter de símbolo, es que a medida que aquellos hombres excelsos abandonaban el Mundo, tomaban la forma de milagrosas aves de blancos plumajes, ascendiendo a los cielos en velos de serenidad inefable...

En este punto, los dos viejecitos—León Tolstoy y Sócrates—oyeron la voz de Dios que les hablaba diciendo:

—Vosotros pertenecéis a esa generación venidera que tardará centurias de siglos en llegar... Contemplaos ambos y os vereis convertidos en esas peregrinas y simbólicas aves. Vuestros espíritus representan el Amor. Yo os bendigo. Entrad conmigo en la Eternidad.

Y mientras allá abajo, en la Tierra, la Humanidad en su angustiada evolución continuaba siendo inmunda gusanera, un batir de alas sonó en los espacios...

FERNANDO PERIS RUEDA.